

CAPILLA ALBERTINA
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA

ALBERTO

ALBERTO.

I.

Hermosa vista la que ofrecía el jardín de la plaza de Azeglio en una noche de primavera, hace dos años, cuando Florencia era todavía capital. Cientos de muchachos se reunían aquí, muchos de ellos de familias florentinas, y en su mayoría de familias de empleados de todas las provincias; era el lugar donde los italianos y las italianas en miniatura se encontraban, siendo llevados á esta ciudad por el Parlamento, los Ministerios y las demás instituciones del Estado: eran la flor y la alegría de la capital. Las madres, las viejas ayas, las niñeras estaban sentadas en los bancos que á derecha é izquierda de los paseos había; los niños corrían por medio; en el centro del jardín tocaba la música. Hasta el anochecer el movimiento y la gritería eran continuos; racimos de muchachos salían de entre los setos, se desparrahaban dando risotadas, se perseguían, corrían, se removían como las golondrinas, riéndose siempre;

se caían, reír y más reír; se levantaban, y la misma risa ruidosa, comenzando de nuevo la faena.

Aquí perdía una niña la peineta, allá la otra se paraba para que le abrochasen la botita. De un lado á otro del paseo se llamaban en alta voz, oyéndose uno tras otro, en un minuto, cien nombres de santos, de guerreros, de emperadores, de poetas:—¡María! ¡Héctor! ¡Pompeyo!—Nadie se entendía con facilidad.—¡Qué has dicho?—preguntaba una toscana, inclinándose hácia una lombarda que le había dirigido la palabra al pasar. Cogiéndose de la mano formaban círculos que giraban, soltándoseles á las niñas mayores las largas trenzas; las más pequeñas lloraban.

De cuando en cuando dos que habían regañado iban á pedir justicia, seguidos de un peloton de curiosos, al tribunal de alguna mamá sentada aparte; otros, cansados de tanto correr, con la cara inflamada, jadeantes, reposaban sobre la yerba hasta adquirir nuevas fuerzas para volver á sus juegos.

A lo lejos, por entre los setos y los árboles, se veían blanquear por un momento grupos de niños, luego desaparecer para mostrarse de nuevo; de todas partes se oían salir voces de alegría, de reprensión, de asombro y de mando; á cada paso se escuchaban acentos diversos, que recordando las distintas provincias, hacían pasar por delante de los ojos rapidísima série de visiones: el Gran

Canal, el Vesubio, San Pedro, Superga. El jardín de Máximo de Azeglio hacía exclamar casi con nuevo sentido de placer y de asombro:

—¡Oh, aquí es donde se ve que la unidad de Italia está hecha en verdad!

Cierta tarde de Abril de 1870, en el sitio del jardín donde el hormigueo de niños era más confuso, estaba sentado en un banco, solo, con los brazos cruzados sobre el pecho, un jóven como de veinte años, decentemente vestido, de aspecto enfermizo, y que parecía dormir, apoyada la cabeza hácia atrás como si mirase al cielo. De pronto, al moverse ligeramente para tomar una postura más cómoda, se le cayó el sombrero detrás del banco; del sombrero saltó algo que tenía forma cuadrada y de color rojo, semejante á los sobres en que se meten las cartas geográficas. El no dió señales de vida, y continuó durmiendo; algunos muchachos, al pasar, tropezaron en aquel objeto, echándole cinco ó seis pasos más allá. Pasados algunos minutos, despierta el jóven, echa de ver que tiene la cabeza descubierta, se pone en pié, y busca á su alrededor. Coje el sombrero, mira dentro, y lleno de turbacion, comenzó á buscar atentamente por uno y otro lado. Luego se detuvo, y echando una ojeada en torno suyo, pregunta con voz inquieta:

—¡Nadie ha visto aquí, al lado del banco, un objeto de color rojo, así de grande, de carton?

Dos ó tres mujeres se volvieron.

—¿Me harían Vds. el favor—añadió el joven—de preguntar á sus niños?

Las mujeres dirigieron alguna pregunta á media voz á los niños que había á su lado, haciéndole indicacion de que no.

—Perdonen—replicó el joven con voz conmovida y acercándose á ellas—es imposible; el objeto acaba de caerse; tengan la bondad de preguntar nuevamente; busquen...

—¡Esto está bueno! ¿Qué vamos á buscar?—dijo con tono algo displicente una de ellas.—Hemos dicho que no, y no. Se concluyó.

—¡Pero Vd.—exclamó entonces el joven con expresion de dolor más que de enojo—Vd. no sabe lo que he perdido! ¿Podría ser un objeto precioso! Podría... No, deténganse—suplicó á las dos mujeres que se iban—deténganse un momento, ayúdenme, por compasion... no pido más que un momento.

En esto, empezaba á agruparse la gente, las mujeres llamaron á sus niños y se alejaron.

El joven gritó por última vez:

—¡Un momento! ¡Háganme este favor!

Luego se puso de nuevo á buscar por todas partes, corriendo y hablando para sí á media voz.

—¿Ha perdido Vd. el dinero?—le pregunta uno.

—No—respondió, continuando sus vueltas, cada vez más deprisa.

—¿Ha perdido Vd. la sortija?—pregunta otro.

—No.

La gente se fué alejando poco á poco.

Cansado de buscar inútilmente, volvió á sentarse, poniendo la cabeza entre las manos y moviéndola con muestras de desconsuelo.

Ya casi había oscurecido, y el jardín había quedado desierto y silencioso, y aún se oían voces lejanas de los últimos niños que se iban.

—Oye—decía á su compañero un pilluelo que se quedára observando al joven desde la verja del jardín—¡llora!

Un caballero que pasaba oyó estas palabras, miró al interior del jardín, entró, acercándose al banco.

—¿Qué tiene?—le preguntó.

El joven no respondió.

—¿Puedo servirle en algo? Dígame lo que tiene; no se lo pregunto por pura curiosidad...

—¡Gracias!—respondió el joven con sequedad, como el que no quiere continuar la conversacion.

—Siento—replicó el desconocido—no inspirar la confianza. En todo caso, aquí está mi direccion. Tenga ánimos.

Dicho esto, se fué.

El joven miró á su alrededor y vió una tarjeta sobre el banco; la guardó en el bolsillo, volviendo de nuevo á su primera posicion.

La fragorosa orquesta del teatro del Príncipe Humberto, dejó oír sus primeros acordes.

II.

En todas las grandes ciudades existen casas de comidas en la planta baja, compuestas de una sala y una cocina, con un rótulo sobre la puerta que dice: «Abonos por cuarenta pesetas al mes.» Todas se parecen; la sala es larga y estrecha; se ve colgado en una pared el retrato del Rey; metido en un rincón el dueño, con aire de mal humor, y en movimiento continuo dos ó tres camareros, de aspecto súcio y desgredados, que sirven de mala gana. Casi todos los concurrentes son jóvenes, que tragan su mezquina comida sin hablar y sin levantar los ojos del plato. Ni son pobres, ni operarios, ni estudiantes, ni empleados; es muy difícil determinar la clase social á que pertenecen; gente que vive al día, desparramados por almacenes, redacciones de periódicos y ministerios, que

según falta en un sitio el trabajo, cambian de ocupación, de lugar y aun de nombre, y aparecen hoy como escritores de gacetillas, mañana de revisores de cuentas, otro día como escribientes temporeros.

Duermen en un cuartucho del piso quinto, fuman un cigarro al día y van una vez por mes al teatro. Algunos tienen el pelo largo; muchos, en el invierno, andan sin gaban, y llevan arrollado al cuello una bufanda de lana ó un chal viejo; á menudo se les encuentra por las afueras de la ciudad en alguna calle desierta y solos. De entre ellos, los hay vagabundos; así como otros, que durante un mes economizan diez pesetas de las ciento que ganan, y que las remiten á su casa ó las van guardando. Son los primeros que se lanzan á cojer á un muchacho que está en peligro de ser atropellado por un carruaje, ó á levantar á un pobre viejo caído en tierra, ó á separar á dos chiquillos que se golpean en la calle. Unos tienen constante expresión de tristeza pintada en la cara y miran á la gente como si á todos indistintamente tuvieran que echar algo en rostro; otros, por el contrario, tienen fisonomía serena, pacífica, sentimientos delicados y benévolos. Todos, ó casi todos, muestran de cuando en cuando viva y desusada alegría por una carta que han recibido de un pariente lejano, ó por buenas palabras que han oído al jefe de la oficina, ó porque han trope-

zado con una habitación que cuesta cinco pesetas ménos al mes que la que tenían. Hay entre estos muchachos, gente de admirables condiciones, corazones de buen temple y vidas llenas de sacrificios y de dolores terribles, que han sabido soportar noblemente, y en secreto, y sin que jamás saliera de sus lábios un lamento,

III.

A esta clase pertenecía el joven del jardín de Azeglio. Hacía pocos meses que se hallaba en Florencia, empleado de escribiente en el bufete de un abogado que le daba noventa pesetas al mes. Era de Palermo, donde había hecho sus primeros estudios y perdido á sus padres siendo aún niño.

No le quedaban más parientes que un tío, el cual le había recogido y mantenido de mala voluntad algunos años, haciéndole entender luego con muy poca amabilidad, que había en casa una persona que pesaba sobre él. Instigado entonces el muchacho por un amigo suyo de Florencia para que fuera en busca de empleo en este gran mar de la capital, salió de Palermo con algún ciento de pesetas y con muchas esperanzas. Llegado á orillas del Arno, despues de mucho subir y bajar, perdió las esperanzas y hubo de contentarse para vivir con copiar. Su amigo se había vuelto á Sicilia ha-

cía pocas semanas, y el pobre escribiente se quedó en esta ciudad desconocida.

Apenas si llegaba á los veinte años, pero aparentaba bastante más, como pasa á todos los que han debido trabajar mucho para poder vivir.

Su inteligencia era pronta y abierta; no carecía de cultura, por mas que se había visto obligado á abandonar las clases cuando precisamente empezaba á entender y á estudiar. Le había quedado en la cabeza lo que generalmente queda á todos los que tienen que abandonar los libros por el trabajo, precisamente en el tránsito de la adolescencia á la juventud: alguna fecha histórica, algun verso del Dante y algun que otro nombre de los escritores contemporáneos más populares. Pero tenía cierta penetracion modesta y reservada, poco comun, y con la cual, sin traspasar jamás los límites del poco saber, se consigue tenerlo siempre escondido; de esta suerte, se puede tomar parte en cualquiera conversacion sin decir nunca despropósitos, y se sabe callar, de modo que no aparezca como vergonzosa ignorancia.

Sus noventa pesetas al mes, le bastaban; comía por cuarenta en un pequeño restaurant; por diez y ocho había encontrado una habitacion en el piso cuarto de una calle extraviada, en casa de cierta familia pobre que vivía de una pequeña pension y de algunos cuartejos de economías. Se componía la familia de una vieja, viuda de un em-

pleado florentino, casi siempre enferma, y de una muchacha de diez y ocho años, que no hacía otra cosa más que asistir á su madre.

Esta había opuesto alguna dificultad á recibir en la casa al nuevo inquilino, porque nunca alojó sino huéspedes viejos, con los cuales podía hablar de sus males y recibir consuelos y auxilios, cuando ocurría, aunque de puras palabras; y porque por otra parte, un jóven hubiera dado que decir á las gentes de la vecindad, teniendo que echarse encima la molestia de estar siempre con cien ojos. Pero desde la primera vez que había visto á Alberto, le pareció tan quieto, tan reservado, que despues de un momento de duda, se había decidido á darle habitacion. La hija, por su parte, no habia hecho instancia alguna, ni mostrado deseos para que entrase en casa con preferencia á otro; esto le había tambien inducido á consentir.

—No tiene bueno más que los ojos—había dicho la muchacha el dia de su entrada en la casa.

Era un inquilino que causaba pocas molestias. Seretiraba á eso de las nueve de la noche, daba las buenas noches, y se largaba á la cama á escape; á la mañana, al salir el sol, ya estaba fuera de casa. Lo mismo al entrar que al salir, no hacía el más mínimo ruido. En su cuarto, cuando la madre y la hija entraban para hacer la cama, todo estaba en su sitio lo mismo que lo habían dejado el dia anterior, como si nadie hubiera entrado en la ha-

bitación. Los muebles estaban limpios, la ropa cepillada y doblada, de modo que á las mujeres apenas les quedaba nada que hacer. Pocos trajes, escasa ropa blanca y de clase inferior, dos ó tres libros y un baul pequeño, eran todo su ajuar; en todas sus cosas se echaba de ver un cuidado continuo y esmerado, y la lucha obstinada del cepillo, del jabon y de la aguja, contra el tiempo, las sillas y las mesas de estudio.

—Pobre jóven—exclamaba la vieja—bien se ve que no anda muy bien de cuartos; pero no le falta el juicio.

La hija, los primeros dias, le decía que para ser tan ajustado á los veinte años, era preciso no tener sangre en las venas, y que para ella los hombres que roban el oficio á las mujeres, no le agradaban; pero al cabo de haber repetido muchas veces estas palabras, una mañana había añadido:

—Sin embargo, un jóven que vive de este modo... es simpático!

Casi había trascurrido un mes desde su entrada en la casa, y entre él y sus huéspedes no se habían cruzado más palabras que buenos dias y buenas noches. Una vez, la madre tuvo un acceso fuerte de su mal de siempre, y suplicaron al jóven que tuviera la bondad de ir á avisar al médico. Fué, volvió con el médico, y luego que salió de la casa, Alberto se quedó en la habitación al lado del lecho de la enferma. La muchacha ne-

cesitaba bajar á la calle en busca de ciertas medicinas. Antes de bajar, quitó la luz de encima de la mesa, porque su madre no podía resistirla, y la puso al lado de la cama, cerca de Alberto, y luego se dispuso á salir. Desde la puerta, aprovechando la oscuridad en que estaba envuelta, volvió la cabeza para mirar al inquilino.

—¡Oh! ¿quién es aquel?—se preguntó á sí misma maravillada.

La luz, iluminando de abajo á arriba la cara del jóven, daba una penumbra á su piel y una viveza de expresion, tan extraña, que parecía transformado.

—Parece guapo —añadió la muchacha, y se fué.

Cuando volvió, empezó á hablar con él, mirándole atentamente. Se separaron á hora muy avanzada, y ella volvió á decirse:

—No tiene en verdad nada de bueno más que los ojos... y la voz.

De este modo, unas veces por efecto de la manera de estar iluminada su fisonomía; otras por la expresion que tomaba en una nueva actitud; otras por el timbre especial de alguna palabra, se fué poco á poco trasformando á sus ojos, hasta tal punto, que al cabo de dos meses, ya no le parecía el mismo de la primera vez, á quien habían acogido con indiferencia y aun mirado con displicencia no pocas veces.

La madre caía enferma de cuando en cuando,

y siempre él era el encargado de ir á buscar al médico y de acompañar á la paciente cuando la hija tenía que salir á buscar las medicinas. Así se engendró entre todos una cierta confianza. La vieja había comenzado á abrir los ojos; pero encontrándose con que nada absolutamente le obligaba á tenerlos abiertos, los había vuelto á cerrar. A menudo mostraba agradecimiento á su inquilino por las atenciones que le prestaba, y madre é hija hablaban de ello con afecto. Acabaron por hacer conversacion los tres sobre este tema, todas las noches, sentados alrededor de la mesa; la madre haciéndose cargo de los chismes y cuentos de las vecinas, el jóven, de su Palermo, la muchacha de tonterías que hicieran sonreír á Alberto, para poderle mirar sus ojos, mientras él la miraba á ella. Además de los buenos ojos y de la hermosa voz, había descubierto la sonrisa simpática y las maneras «verdaderamente distinguidas.»

Una noche estaban asomados juntos á la ventana mirando hácia abajo; estaba oscuro y llovía; no se veía alma viva. De pronto relampagueó en el fondo de la calle una vivísima luz trémula; eran las antorchas de la Cofradía de la Misericordia.

—¡Qué noche tan melancólica!—murmuró la muchacha, volviéndose de espaldas á la ventana —es una de esas noches en que quisiera dormir-

me y no despertar más... ¡Nunca ha tenido usted un sentimiento semejante?

El jóven sonrió; luego murmuró:

—Vd. aún tiene á su madre; ¿cómo le pueden ocurrir estas ideas?

—¡Y Vd. ya no la tiene?

—Ya no me queda nadie.

La muchacha sufrió una conmocion por el tono con que fueron pronunciadas estas palabras; le miró, y dijo en voz baja:

—Nunca lo habría dicho.

Al cabo de un momento, preguntó:

—¿Ni aun hermanos tiene Vd.?

—No.

—Tendrá amigos en Florencia...

—Tampoco.

—¿Pero cómo es posible vivir sin querer á alguien?

—¿Y por dónde supone Vd. que yo no quiero á nadie?

La muchacha lo miró fijamente, sonrió, trató de levantar el brazo para arreglarse el pelo; no pudo, estaba aprisionada; la otra mano, tampoco; bajó sus ojos, volvió á levantarlos, no había ya nadie: huyó ella tambien. Desde este dia, todo cambió en aquella casa; pensamientos, caras, hechos, conversaciones; la madre abrió por tercera vez sus ojos, y con los ojos su corazon á una lejana esperanza; las conversaciones se prolongaban cada no-

parecía el mismo. Sus hábitos cambiaron; se retiraba unas veces más tarde, otras más temprano que antes; rara vez hablaba; y aun cuando se esforzase en parecer, si no alegre, tranquilo, bien se echaba de ver con solo mirarle, que estaba agitado y triste. La muchacha le suplicaba:

—¡Habla! ¡Dime qué es lo que tienes! ¡No me hagas sufrir!

Por su parte, él suplicaba aún con más calor á Julia que no se preocupase del cambio que había experimentado, debido únicamente á un mal-estar pasajero. Cada día que pasaba, se ponía más pálido y melancólico, y el esfuerzo que hacía por sonreír y por hablar, aparecía siempre más evidente y más doloroso. La tarde en que ocurrió la escena del jardín, volvió á casa anticipadamente, y Julia le suplicó una vez más y con mayor ternura que nunca, que hablase; él le respondió con voz cansada y temblorosa:

—Dentro de algunos días... hoy es imposible. Se encerró en su cuarto, dejando á la pobre muchacha desolada. A la mañana siguiente, antes que las mujeres se despertasen, había ya salido de casa.

V.

La madre, aunque no estaba sino para pensar en sus males, advirtió también el cambio que Alberto había experimentado, y más de una vez había hablado de ello con su hija aunque no le daba gran importancia.

—Es una de esas melancolías —decía— que acomete á todos los muchachos; cualquier día le pasará.—Julia, sin embargo que tenía el ojo listo y el cariño para adivinar lo que pasaba, no era del mismo parecer; el corazón le presagiaba algún suceso siniestro, llegando á tal punto su ansiedad, que comprendiendo que no podría resistir en tal estado, se resolvió á averiguar la verdad á toda costa, aun teniendo que amenazarle con que dejaría de quererle y se separaría de él para siempre.

Llegó la noche. Julia y su madre estaban cenando, sentada la una frente de la otra, alumbradas por una pequeña luz de aceite. La madre